



Agravios y desagravios de la Reina Sultana.

Relacion de como ha sido acusada y sentenciada á muerte por quatro caballeros Moros, y quatro caballeros Cristianos la defendieron y libraron de la muerte; y como al fin se hizo Cristiana.

Canten gloriosos elogios
con acordes consonancias
el triunfo mas memorable,
que ha habido entre espada y lanza,
y de un cauteloso agravio
la mas heróyca venganza.
A encion, noble auditorio.
En el tiempo que en Grenada
tremolaban los Alárabes
banderas mahometanas,
entre las nobles familias,
eran quien mas la ilustraban
los Alabeces, Gazules,
Zegries, Gomeles, Mazas,
Ayarques y Reduanes,
y aquella tan sublimada
familia de Abencerrages,
que tenia afianzada
de Audalá Rey la corona,
por su mucha confianza.
Al verlos favorecidos
tanto del Rey, se abrasaban
en envidia los Zegries,
y con cautelosa infamia
intentaron derribarles
del favor del Rey y gracia,
diciendo que Albin Hamete
Abencerrage trataba

torpemente con la Reyna,
é injustamente intentaban
levantarse con el reyno,
dando al Rey muerte tirana.
Asi al Rey lo propusieron,
que amortecido quedaba.
Que eran testigos de vista
decian, y por ser clara
verdad, lo defenderian
públicamente en campaña.
Cuando el Rey en sí hubo vuelto,
dijo, ardiendo en viva rabia:
todos los Abencerrages
hoy han de morir, y manda
que los llamen uno á uno,
y con este ardid y traza
degolló hasta treinta y seis:
y con todos acabara,
á no revelarlo un page.
Alborotóse Granada,
dividida toda en bandos,
y á gran desdicha llegara,
si el muy valeroso Muza
todo no lo sosegara.
Mandó el Rey llamar los Grandes,
y juntos en la real sala,
salió el Rey todo enlutado,
y les propuso la causa:

que eran los Abencerrages
traidores, pues intentaban
quitarle el reino y la vida;
y que la Reyna trataba
con Albin Hamete amores,
habiendo dentro en la sala
cuatro testigos de vista,
que unánimes declaraban.
Levantóse allí, diciendo
un Amoradí en voz alta:
es la Reyna muy honesta,
y en ella no cabe mancha;
y esos caballeros mienten,
y lo mantendré en campaña.
Dijo aquí el discreto Muza:
lo que importa es el llamarla
aquí á presencia de todos,
y la acusacion se haga.
Vino con pompa y grandeza,
con sus doncellas y damas.
Dijo Muza: Reyna hermosa,
sabrás, como aquí en la sala
hay Caballeros que ponen
dolo en tu honor y tu fama,
y que con Albin Hamete
la ley conyugal quebrantas.
Este juicio se remite
al tribunal de las armas:
cuatro son los que te acusan,
otros cuatro por tí salgan
á defender lo contrario,
y si vence su arrogancia,
tu honor queda acrisolado;
mas si queda la campaña
por los cuatro que te acusan,
se amancillará tu fama,
y por alcoranas leyes
tienes de morir quemada;
treinta dias hay de plazo.
Ella sin turbarse en nada,
mirando á un lado y a otro,
como que se hallaba salva,
viendo que los circunstantes
muy mesurados estaban,
tuvo por cierta evidencia
lo que discurrió ser chanza.
Y dijo muy animosa,
con gallardía bizarra:

cualquier Caballero Moro,
que en mi honor ha puesto tacha,
miente traidor y villano;
y aquí ahora sin tardanza
pónganme la acusacion
tan sin fundamento y falsa,
que yo confio en Alá,
que me ha de sacar en palmas.
Y guardando ceremonias,
los traidores se levantan,
y ponen en acusacion
con todas las circunstancias.
La triste Reyna affigida
se despoja de sus galas,
y en la torre de Comares
mandó el Rey asegurarla,
con la orden muy expresa,
que no fuera visitada
de nadie, sino de Muza
por ser de su confianza.
De sus damas se despide,
llevándose en su compañía
tan solo la mas querida,
que era la hermosa Esperanza.
En tan amargo conflicto
tal vez ya desesperada
queria abrirse las venas,
porque no se les logrará
el ver su muerte afrentosa.
Y animando la Esperanza,
le dijo: sabrás, señora,
que yo conozco en mi patria
un famoso Caballero,
que don Juan Chacon se llama,
y sé que si de él te vales,
libre ha de quedar tu fama.
La Reyna tomó el consejo,
y al punto escribió una carta,
diciendo: señor don Juan,
á quien realza la fama
gran señor de Cartagena,
por estar bien informada,
que agenas honras defiendes,
y que al desvalido amparas,
esto, señor, me ha obligado
á escribirte mi desgracia.
Yo Reyna Sultana triste
necesito que me valgas:

por un testimonio falso
soy de adúltera acusada ;
y por Alá te aseguro,
que sin causa estoy culpada.
Y si no doy Caballeros,
que me defiendan sus armas,
la sentencia de mi muerte
se ha de ver ejecutada.
Cuatro son los que me acusan,
y otros cuatro la ley manda
sean los que me defiendan.
Si por ser infiel reparas,
yo creo en Dios uno y trino,
y en su Madre soberana,
y el santo bautismo pide
con mil deseos el alma.
La carta leyó don Juan,
y notando que Cristiana
queria hacerse la Reyna,
se determinó librarla.
Y escribiendo la respuesta,
la cifró en estas palabras:
el postrer dia del plazo
estaremos en Granada
yo y otros tres Caballeros,
y en esto no ha de haber falta.
No digo mas. Talavera.
Buscó don Juan sin tardanza
á tres nobles Caballeros
de mucho valor y fama,
don Manuel Ponce Leon
fué el primero que buscaba,
don Alonso de Aguilar
por segundo le nombraba,
y por tercero al Alcayde
de los Donceles señalaba.
Así que juntos los tuvo
les manifestó la carta,
y ofreciéndose gustosos,
fingieron que iban á caza.
Todos la arábica lengua
con destreza la cortaban;
armáronse fuertemente,
y sobre las finas armas
llevaban trage turquesco,
porque á su intento ayudaba.
Dispuestos para el camino,
aceleraron la marcha,

y llegando á darle vista
á la vega de Granada,
se metieron en el soto,
ea donde la noche pasan.
Y á proseguir su camino
saliendo por la mañana,
vieron que venia un Moro:
aguardaron que llegara,
y hablándole en su language,
alegres le saludaban ;
no menos bizarro el Moro
correspondió á sus palabras.
Luego al punto les pregunta,
quién eran, ó qué buscaban.
Sómos Genízaros Turcos,
dijeron, y desde Adra
hemos venido á estas vegas:
que nos han dicho que andan
ciertos Cristianos por ellas,
que hacen dañosas entradas,
y deseamos hallarlos,
para herirlos en batalla.
Dijo el Moro: en cada uno
vereis un Marte en campaña ;
vamos andando , que yo
os contaré sus hazañas:
y les refirió de paso
cuanto sucede en Granada.
Llegada la triste hora,
bajan la Reyna enlutada,
y todos los Caballeros
iban con sus negras bandas.
Aquí fueron los lamentos
por balcones y ventanas,
los llantos y gritería
que toda la gente armaba,
de ver su afligida Reyna
llorando todas las damas.
Y luego al instante mismo
que llegó á la Vivarrambla,
la subieron al tablado,
y en tal estrado sentada,
quedó la Reyna llorosa,
muy triste y desconsolada,
hechos sus ojos dos fuentes,
toda de penas cercada.
Y en otra segunda parte
proseguiré lo que falta.

SEGUNDA PARTE.

Eran las dos de la tarde sin haber dispuesto nada; levantóse un Caballero, diciendo aquestas palabras. Señora; qué determinas? pues si el término se pasa, se pondrá en egecucion la sentencia promulgada. Aqui hay muchos Caballeros de grande valor y fama, que te quieren defender, solo tú licencia aguardan. La Reyna dió por respuesta: por estar apalabrada, aguardaré otras dos horas; y si veo me hacen falta, admitiré la fineza de aquellos que bien me hagan. No se pasó media hora, quando oyeron grande zambra: fué que entraron cuatro Turcos con un Moro, en quien reparan, y ser Gazul conocieron, pero á los Turcos en nada. Llegó don Juan al tablado, donde los jueces estaban, pidió para hablar licencia con la Reyna dos palabras. Los jueces la concedieron, fue donde la Reyna estaba, y porque todos lo oyesen, comenzó á hablar en voz alta: sepa vuestra Real Alteza, que las maritim s aguas nos aportaron á tierra en este lugar de Adra; y viniendo á recorrer estas vegas de Granada, hoy tuvimos la fortuna de saber vuestra desgracia; si quereis darnos licencia, tomaremos la demanda. Y con disimulo airoso dejó caer una carta, que la Reyna alzó al instante, y dijo: yo confiada

estoy de que un Caballero me tiene dada palabra de venir con tres amigos y son de nacion cristiana. Respondió agudo don Juan: aunque de sangre cristiana, somos Genízaros Turcos, sin reconocer ventaja al Caballero que dices. Respondió la Reyna: basta; desde luego doy licencia, dueños sois de aquesta causa en que por falsos traidores mi inocencia está agraviada. Cortés don Juan se despide, y todos cuatro se entraban con valor en la palestra, donde ya los aguardaban los cuatro mantenedores dispuestos todos en ala. Picó el primero el Alcaide, y se fué con arrogancia donde estaban los traidores, y les dijo: por qué causa pusisteis de vuestra Reyna en tanto riesgo la fama? Y le respondió el Zegrí: porque en delicias profanas los cuatro á la Reyna vimos; y sentidos de la infamia, al Rey lo participamos, manteniéndolo en campaña. Dijo el fuerte Alcaide: mientes, que es la Reyna honesta y casta; y enojado á lo valiente, con el cabo de la lanza le dió tan tremendo golpe, que si asegunda, lo mata. Desmentido y ofendido, el Zegrí enristró la lanza, y envistió para el Cristiano, y comenzó la batalla. Al gallardo de Alí Hamete le tocó por su desgracia el valiente don Manuel: hízole á este tiempo cara don Alonso á Mahandon, y don Juan al que quedaba,

el valiente Mahandin,
que enristrando las dos lanzas,
partió el uno para el otro,
pareciendo que chocaba
un monte con otro monte,
y sin remediarse en nada,
ambos vinieron á tierra,
y sacando las espadas,
armaron tal herrería,
que las armas destrozaban.
A los primeros encuentros
por una treta impensada
el valeroso don Juan
sacó en un muslo una llaga.
Quiso que volviese al cebo,
y volviendo sin tardanza,
don Juan ya sobreavisado,
señaló una herida falsa:
el Moro acudió al reparo,
cubriéndose con la adarga;
pero rebatiendo el brazo
don Juan con fuerza y pujanza,
todo un muslo le cortó
hasta cerca de la caña.
El Moro quedó burlado,
y antes que se recobrara,
alzó su brazo invencible,
y le dió tal cuchillada,
que le cercenó el pescuezo:
le asegundó, y como echaba
tanta sangre, fue bastante
á trastornarle de espaldas,
y rebolcado en su sangre,
acabó en mortales ansias.
Como don Juan lo vió muerto,
á Dios rindió muchas gracias,
y montado en su caballo,
allí hácia un lado se aparta.
Mahandon á don Alonso
le dijo: deja que vaya
ahora á vengar de mi hermano
la muerte, que esta batalla
después la concluiremos.
Don Alonso dijo: calla,
y tu defensa procura,
que en el grado en que se halla
tu hermano, te verás presto,
pues ha de quedar vengada

hoy de los Abencerrages
tanta sangre derramada.
Encolerizado el Moro,
con furia arrojó la lanza,
y al revolver don Alonso,
al caballo por la hijada
se le entró el agudo hierro,
quedándose atravesada.
El bruto muy mal herido,
dando saltos se quejaba,
sin sujetarse á las riendas,
y temiendo una desgracia,
de él se arrojó don Alonso,
y confiado en la ventaja,
el Moro le acometió.
Don Alonso al ver llegaba
á dar sobre él el caballo,
daba un salto y se apartaba.
Y al Moro le dijo airado:
si en apearte te tardas,
te he de matar el caballo,
que esa es accion muy villana.
Con esto el Moro se apea,
y sacando las espadas,
allí empezaron de nuevo
la sangrienta y cruel batalla.
Tuvo ocasion don Alonso,
y como diestro, la espada
se la entró por un vacío,
y le dió una herida mala.
El Moro airado y soberbio
á don Alonso descarga
tan desafortado golpe,
que el águila que llevaba,
le cortó, y en la cabeza
una mala herida saca;
y picado don Alonso,
antes que le asegundara,
por entre la abrochadura,
y la junta de las armas
la aguda espada le entró,
y le pasó las entrañas.
Cayó amortecido el Moro,
y agonizando allí acaba,
de lo cual dió Alonso
á Dios muchas alabanzas:
con el caballo del Moro
fue á donde don Juan estaba

don Manuel y Alí Hamete
 fuertemente peleaban
 á pie, pues ya los caballos
 rendidos del todo estaban,
 don Manuel con cinco heridas,
 y el Moro con cinco malas.
 Anda al rededor del Moro,
 haciendo mil carabanas,
 tirando á diestro y siniestro
 rebeses y cuchilladas.
 Don Manuel se estaba quieto,
 aguardando se acercara,
 y cuando lo tuvo á trecho,
 alzando brazo y espada,
 tan recio golpe le dió,
 que cortó casco y adarga,
 y parte de la cabeza.
 Cayó el Moro ardiendo en rabia,
 y volviendo en pie á ponerse,
 le dió con la cimitarra
 á don Manuel en el hombro,
 pero no le ofendió en nada;
 y alzando el invicto brazo,
 le dió tan gran cuchillada,
 que la cabeza le hundió
 hasta cerca de la barba.
 Al instante cayó el Moro,
 y allí sin remedio acaba:
 alzó don Manuel los ojos,
 y á Dios le rindió mil gracias,
 y montando en su caballo,
 fue á donde los dos estaban.
 El Alcayde y el Zegrí,
 blandiendo entrambos las lanzas,
 se encontraron los caballos,
 y los dos á tierra saltan,
 y con la espada en la mano
 empiezan nueva batalla.
 Viendo el Moro que el Alcayde
 no le cedia ventaja,
 muy confiado en sus fuerzas,
 porque eran agigantadas,
 se abrazó con el Cristiano,
 y un grande rato luchaban,
 cuando el muy astuto Alcayde
 se acordó de que llevaba
 un puñal, y en el sobaco
 repitió dos puñaladas;

y el Moro muy mal herido
 furioso sacó una daga
 para herirle, y no podía,
 por ser la hoja muy ancha.
 Tercera vez el Alcayde
 le metió por una hijada
 el puñal, y cayó el Moro:
 y allí antes que acabara,
 puesta la rodilla al pecho,
 le obligó que confesara
 la traición, y que los Jueces
 viesen lo que declaraba.
 De parte pues de la Reyna
 mil instrumentos sonaban
 en señal de la victoria.
 Muza se fué en su compañía
 por el Zacatin arriba,
 é iban haciéndole salva
 los muy sonoros clarines,
 hasta llegar á la Alhambra.
 Allí fueron bien curados;
 la Reyna los visitaba,
 rindiéndoles mil aplausos,
 y la siguiente mañana
 marcharon, por ser preciso,
 y alegre toda Granada
 con rendidas expresiones
 el valor victoreaba
 de los turcos mas bizarros
 en la acción mas arriesgada.
 Y en otra tercera parte
 se dirá lo que aquí falta.

TERCERA PARTE.
 Habiéndose despedido
 de la discreta Sultana
 aquellos cuatro Cristianos,
 que en la otra segunda plana
 dije que la defendieron,
 dejando limpia su fama,
 dando muerte á los alevés,
 que traidores la infamaban,
 y haciendo que por su boca
 esta verdad declararan:
 quedó esta noble señora
 muy triste y desconsolada,
 sintiendo mucho su ausencia;
 y al verse tan obligada,

agradecida quisiera
el partirse en su compañía,
para recibir gozosa
con el bautismo la gracia.
Tres años con desconsuelo
vivió, por verse privada
de este favor, hasta tanto
que el cielo abrió puerta franca
á sus vivas diligencias,
porque el deseo lograra.
El Campeon invencible
y Católico Monarca
don Fernando, que ahora mora
entre angélicas escuadras
en toda la Andalucía
dejó sus lunas menguadas,
y viéndose dueño de ella,
para que mas se exaltara
la fe en todo el continente
de nuestra invencible España,
al compás de los clarines,
de los pífanos y cajas,
guió el campo, siendo el mismo
adalid que lo animaba,
con su dichosa consorte,
bella emulacion de Palas.
Conquistando valeroso
todo el reyno de Granada,
todos los pueblos miraron
su soberbia avasallada,
menos la ciudad: por tanto
el fiero leon de España
mandó que inmediato á ella
de la noche á la mañana
otra poblacion formasen
en los ojos de Gúezarca,
cuya fábrica idearon
con disposicion gallarda
cuatro grandes de Castilla,
con cuatro muy dilatadas
anchas y espaciosas calles,
puestas en cruz: y allá al alba,
cuando el Católico Rey
llegó á verla, se admiraba,
porque siendo de madera
y de lienzo, denotaba
ser un fuerte inexpugnable,
no solo por sus murallas,

almenas y torreones,
sino por verla adornada
de un baluarte muy grande,
que horror á Marte causaba.
Le dió timbre de ciudad,
y quiso que se llamára
Santa Fé, dándole muchos
privilegios que aunse guardan.
Cuando los Moros la vieron
tan brevemente fundada,
concibieron mucho miedo,
acrecentando sus ansias
sus muros, sus torreones,
sus almenas y atalayas.
Aquí sentó los reales
su Alteza, donde formaban
las lanzas y los mosquetes
una maleza intrincada.
Aquí Moros y Cristianos
continuamente lidiaban,
en cuyas escaramuzas,
siempre lo mejor llevaban
los Cristianos, siendo azote
de la soberbia pagana.
Aquí fué donde aquel Moro
con denuedo y arrogancia
llegando junto á las tiendas,
á todos desafiaba,
y para mas irritarles,
con grande escarnio arrastraba
en la cola del caballo
de la Virgen sacrosanta
el Ave María escrita:
cuyo orgullo, cuya infamia,
sin obtener la licencia
del Rey, llegó á castigarla
Garcilazo, aunque muy jóven;
pues dándole con la lanza
por debajo del sobaco,
en tierra lo derribaba,
y apeando del caballo,
con los filos de su espada
cortándole la cabeza,
del arzon quedó colgada:
y quitando del caballo
del Ave pura la tarja,
la besó y formó estandarte
en la punta de la lanza,

y con entrambos caballos
para el real caminaba,
donde el Rey mandó prenderle,
y la Reyna lo indultaba;
pues si salió sin licencia,
adquirió lauros y fama,
dándole conformes todos
elogios por tal hazaña.
Al cabo de treinta días
que su Alteza se acampaba
en Santa Fé con sus tropas,
se determinó entregarla
el Rey Moro, y para ello
á su hermano Muza manda,
que acompañado de muchos
de las mas nobles prosapias,
vaya por Embajador,
y que diga en su demanda,
que el Rey Audalí su hermano
le hará entrega de Granada,
con todas sus fortalezas;
pero que le suplicaba,
que usase de la clemencia
que con los demas usaba,
sin perjudicar los bienes
del que quedase en España,
como ni impedir el paso
al que al Africa se parta.
Todo lo cual otorgado
por el piadoso Monarca,
en compañía de su esposa,
y mucha gente esforzada,
fue á tomar la posesion
de ciudad tan deseada.
Y junto al Genil salió
el Rey Chico, y le entregaba
las llaves de la ciudad,
y subiéndose á la Alhambra,
en la torre de Comares
levantó la señal santa
de la Cruz, y de allí á poco,
de Fernando y de su amada
esposa el regio estandarte.
Y luego los Reyes de armas
dijeron en altas voces,
que todos las escucharan:
el Rey don Fernando viva,
y que reyne edades largas

con doña Isabel su esposa:
por ambos desde hoy Granada.
La real Capilla entonó
el *Te Deum*, y fue tanta
la alegría, que de gozo
todo Cristiano lloraba.
Tenian mil instrumentos
por las calles y las plazas,
y cuando vino la noche,
fuegos hubo y luminarias,
jugando galanamente
las alcancias y cañas.
Y luego al dia siguiente
todos los Grandes de gala
visitaron á los Reyes,
y al besar sus manos blancas,
de Granada y de su reyno
lo juraron por Monarca.
Fue tambien á visitarles
muy gozosa la Sultana,
y siendo bien recibida,
reveló lo que archivaba
ya tres años en su pecho,
que queria ser Cristiana.
Y los Reyes muy alegres
ofrecieron ampararla,
sirviéndole de padrinos,
y el nuevo Arzobispo el agua
le echó del santo bautismo,
y quisieron se llamara,
si Sultana, siendo Mora,
doña Isabel de Granada.
Y casándola despues
con un jóven, que gozaba
esclarecidos blasones,
su Alteza con mano franca
le dió en dote dos ciudades;
y ella á su esclava Esperanza
de Hita le dió libertad,
y se fue á Mula su patria.
El Rey Chico se partió
para el Africa, en compañía
de los Gomeles muy triste,
pues real cetro no empuñaba;
y en Africa alevés manos
le dieron la muerte infausta.
Y con esto el auditorio
disimulará las faltas.

F I N.